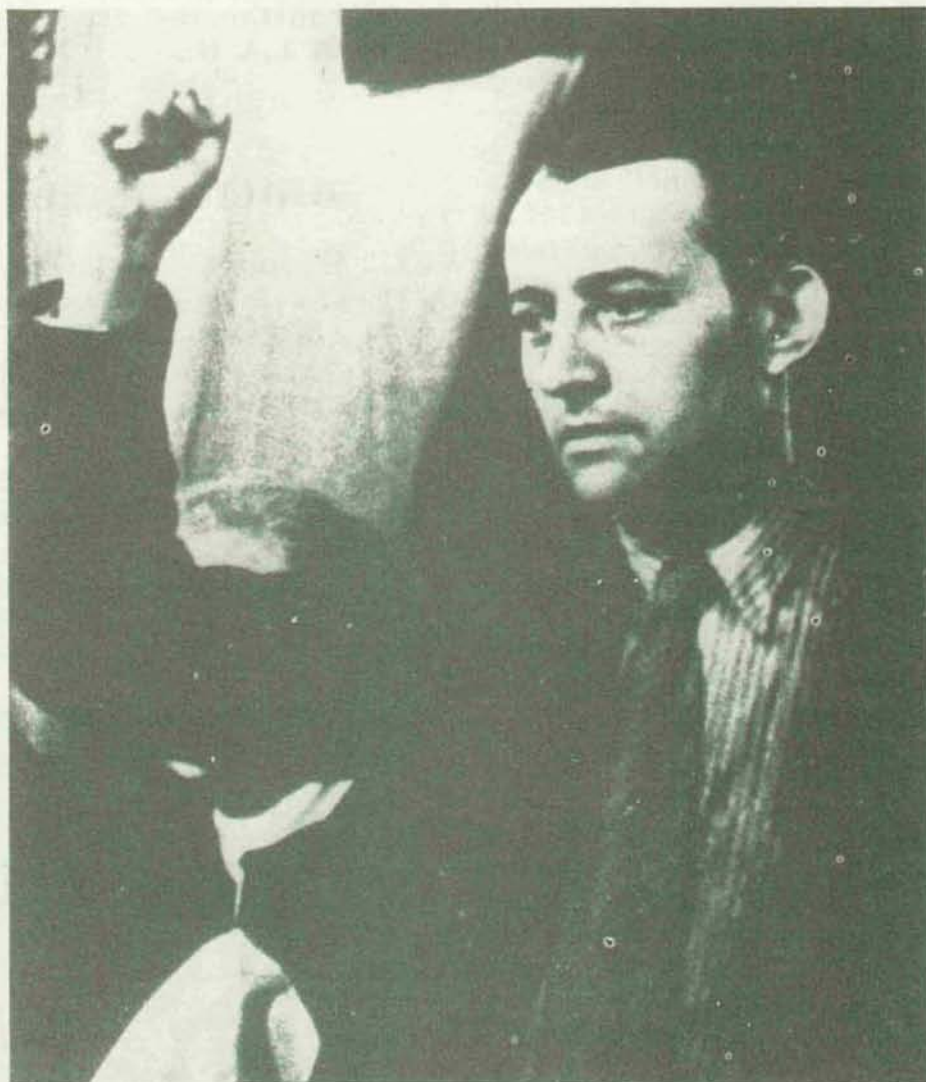


Malraux



«Un intelectual que ha tenido la valentía de dejar la pluma para empuñar la ametralladora»: Así definió Arthur Koestler a André Malraux, tratando de sintetizar la personalidad del escritor tan recientemente fallecido. A través de una vida apasionada y variable, Malraux luchó en muchísimas ocasiones por la libertad y la justicia. Su elección en 1935 como presidente de la Liga Antifascista de Francia —momento que contemplamos— muestra que contaba con el apoyo de sus contemporáneos.

El antihéroe del siglo XX

Eduardo Pons Prades

EN nuestra revuelta Historia contemporánea, uno de los más evocadores nombres de guerra es el apellido de un escritor francés: André Malraux, fallecido en los días finales del pasado mes de noviembre. A su conjuro, se yerguen figuras y hechos que sacudieron fuertemente la falsa paz y el injusto orden de un mundo cuyas dos terceras partes se morían de hambre y vivían en permanente y humillante sojuzgamiento. La tela de fondo de la

singular aventura: China, España y Francia; y, zigzagueando a través de la revolución china, de la guerra civil española y de la lucha contra el Tercer Reich alemán, se destacan los recios perfiles de Malraux: el antihéroe del siglo XX. Un hombre de acción, doblado de heraldo de la cultura, en el que Arthur Koestler saludó a «un intelectual que ha tenido la valentía de dejar la pluma para empuñar la ametralladora».

LA INDEPENDENCIA BENGALI: PRIMER AVISO

En el otoño de 1971 los teletipos del mundo entero transmitían esta breve e inesperada noticia: «André Malraux se ha puesto a disposición de los nacionalistas bengalíes en su lucha por la independencia.» En el acto surgieron comentarios para todos los gustos y entre la opinión de los francotiradores de salón y de los plumíferos teleguiados se puso en evidencia un rasgo común: su empeño en ignorar que, en realidad, la aventura de Malraux había empezado medio siglo antes. En 1919, exactamente, cuando irrumpió, a poco de cumplir sus dieciocho años, en los medios literarios parisinos. El epílogo ya se conoce: a primeros de febrero de 1972, el presidente Nixon, antes de emprender viaje a China, invitó al escritor francés a Washington para tener un cambio de impresiones con él, en torno al «grande» de Asia: Mao. Y, entretanto, la llegada, a manos de Malraux, de cientos de cartas de jóvenes del mundo entero, declarándose dispuestos a luchar a su lado en Bengala.

EL JOVEN LITERATO

Su primera salida se asemeja a un golpe de mano. Un día se presenta, en el número 9 de la calle de la Magdalena, un muchacho muy aplomado. Habla con el librero René Louis Doyon y le ofrece su colaboración: aportarle ediciones originales y obras fuera de serie. Parece entendido en bibliografía y posee cierta cultura. Ejerce ya sobre las personas esa influencia que será su cualidad primera en su azacanada existencia: «Cuando habla no siempre convence, pero

seduce infaliblemente...» «Después de haber escuchado a Malraux, nadie puede llamarse **Andana**», dirá Gide de su joven amigo. Todos los días, a las once de la mañana, se presentaba en la librería, entregaba a Doyon el material recogido, estipulaba precio, cobraba y desaparecía hasta el día siguiente.

El maravilloso mundo del «barateo artístico» fue la universidad en la que el joven Malraux hizo sus clases. Su frágil salud entorpeció sus estudios, desfavorecidos por el divorcio de sus padres. Se puede afirmar que es el prototipo del autodidacta. Su se-



1912: La infancia de André Malraux estará fuertemente marcada por dos suicidios: el de su abuelo y el de su padre. Su formación sería típicamente autodidacta.

riedad determinará otro ofrecimiento del librero amigo: instarle a colaborar en una revista que va a crear: **El conocimiento**. En ella, su nombre, sus ideas (en las que ya se reflejan los primeros síntomas de la descomposición contemporánea), sus retos, sus atrevidas opiniones, tienen un eco inusitado. Al poco tiempo, a la vez que primer colaborador de Doyon, Malraux es director literario y maquetista de la librería de arte Simón Kra. Por aquella época establecería relación con un grupo anarquizante formado por Blaise Cendrars, Max Jacob, Cocteau, Aragon, Salmon, Eluard, Cassou, Einstein, Ilya Ehrenbourg y Máximo Gorki, cuyo portavoz era la revista **Acción**, en la que se dedicaba un gran espacio a las artes plásticas, y por la que desfilarían Derain, Braque, Juan Gris, Picasso, Dufy, Vlaminck, Fernand Léger y Utrillo. Pero el mejor encuentro que tuvo allí Malraux fue el de Clara Goldschmidt, con la que se casaría unos meses más tarde.

La tarea en la librería Kra le absorbe cada día más, por lo que se verá obligado a separarse de Doyon, con el que le seguirá uniendo una gran amistad. El viejo librero, al despedirse de él, lo estrechó fuertemente en sus brazos y le dijo: «Adelante, André, que vas por buen camino.» A fines de 1920, Max Jacob le presenta a un alemán afincado en París, D. H. Khanweiler, que poseía una galería en el interior del 29 bis de la calle de Astorg, donde exponían Derain, Picasso y Braque. Malraux edita entonces **Lunas de papel**, que la revista Bibliografía de Francia, el 25 de noviembre de 1921, presentaba así: «... Se trata de un librito en el que se relata la lucha, casi desconocida, del hombre y su viaje a través de objetos que nos son, a la vez, familia-

res y extraños.» Ya despunta aquí el genial autor de **La Metamorfosis de los Dioses**.

En las incansables pesquisas artísticas la inclinación hacia el arte oriental pasa al primer plano de sus inquietudes. Los encuentros con las innumerables y enigmáticas caras del arte y de la vida provocan en él un irrefrenable anhelo de pasar a la acción, pero para ello es necesario independizarse.

Entre su marcha de la casa de Simón Kra y su primera salida al extranjero, se dedicará a dos «entretenimientos» poco conciliables: la confección de textos libertinos, ilustrados no menos libertinamente, y jugar a la Bolsa. La favorable situación económica de los años veinte y algo de olfato bursátil favorecerán aquella insólita experiencia.

CLARA GOLDSCHMIDT: SU PRIMERA MUJER

«Al escoger la mujer de nuestra vida (aseveró Ortega) hacemos la confesión de lo que valemos». No se puede negar que, en este terreno, Malraux revalidó positivamente cuatro veces la afirmación orteguiana. A su lado, Clara, Josette, Madeleine y Louise llenarían, intensamente unas y armoniosamente otras, la parte de existencia que les había tocado asumir.

Su primera compañera era una muchacha inteligente, culta y de temperamento abierto. Su carácter orgulloso y voluntarioso enamoraron al hombre de 19 años. Era de ascendencia judía y repartía su vida entre la burguesía de Magdeburgo, a la que pertenecía su familia, y su inde-

pendencia parisina. Malraux descubrió en ella alguien con quien hablar de todo lo que le interesaba. «Como no esperaba de las mujeres más que tonterías, hipocresía y deslealtad, al conocerme a mí solía exagerar mis virtudes...», aclaraba ella.

Durante dos años, André y Clara recorren Europa entera. «Fueron tiempos de maravillosa irrealidad, de realidad maravillosa también, que la vida no acostumbra a dar, cuando lo da, más que en plazos mucho más largos. Hemos leído, hemos viajado, hemos visto y hemos comparado...» La última palabra, como de costumbre, la dirá Malraux: «*En mis esperanzas, el sentimiento de rebelión superaba, con mucho, la aspiración a la notoriedad.*» Esto, en resumen, quería decir que **la gran aventura** iba a empezar.

Al regresar a París se enteran de que la Bolsa les ha arruinado. Cuando Clara comienza a interrogarse seriamente sobre el futuro, Malraux, que tiene un gran sentido del humor, se saca de la manga sus recursos encantatorios, hace un muy curioso parangón entre el camino de Compostela y la vía real que va de Dangrek, en Siam, a Angkor, en Camboya, y la convence de la oportunidad de ir a descubrir pequeños templos en plena selva virgen. Clara lo secundará eficazmente, tanto en la preparación del viaje —para sufragar los gastos Malraux firmará un ventajoso contrato con la editorial Grasset— como en su realización, y jugará un papel importante en la movilización de la **intelligentsia** europea cuando él es procesado en Saigón. Años más tarde, en 1925, Clara le acompañará de nuevo a **Saigón** y le ayudará a fundar un diario, en el que se denuncian los abusos de los colonos franceses. Meses después, recién desaparecido el



1935: Malraux, con una de las obras de arte recuperadas en la expedición por tierras de Arabia, cuando buscaba la capital de la reina de Saba.

diario, Malraux realiza una incursión a China y se pierde la huella de Clara, que volveremos a encontrar, en 1930, en París, preparando su viaje a Persia, que realizarán juntos, y que sería el preludio de su separación. En 1933 nace su hija Florence, futura novelista y esposa del célebre director cinematográfico Alain Resnais.

EL PERIPLO CAMBOYANO

En septiembre de 1923, Malraux y su esposa zarpan hacia Oriente. El viaje durará unos dos meses. En la escala africana de Djibouti, descubrirán la repelente miseria de los indígenas, fruto de la inhumana explotación de los blancos. En el barco, durante la travesía, ya se habían formado grupos con el rasero de la jerarquía social colonialista. Malraux chocará con la mediocridad y la mezquindad de los colonos franceses. Y aquello era sólo una pequeña muestra de lo que le esperaba en Indochina. A causa de su sinceridad, el joven explorador se hará bastantes enemigos. No es de extrañar, pues, que el contacto con las autoridades pseudoculturales de Hanoi fuera más bien glacial. Estas no pueden admitir que alguien que no tiene el menor título universitario, un aficionado, en suma, se haya atrevido a montar una expedición arqueológica, prescindiendo de los sesudos investigadores diplomados.

André y Clara se reúnen con su amigo Chevasson en Saigón y se ponen en camino hacia Pnom-Penh. Por vía fluvial remontan el Mekong hasta Siem Reap, cerca de los famosos templos de Angkor. Los obstáculos que deberán vencer superan de lejos lo previsto. La expedición, compuesta de tres caballerías, seis carros, dos guías camboyanos y doce



Verano de 1936: Malraux, al pie de su «Potez-540», de la escuadrilla «España», organizada en Francia por el escritor.

porteadores, se dirige hacia Banteay Srei, cuyo templo no había sido visitado desde 1916 (por la expedición Parmentier, del servicio arqueológico francés de Extremo Oriente). Una espesa cortina de mosquitos rodea incansablemente a los exploradores, en proa a lo que Malraux llamará «*La angustia de la selva virgen*». En su libro *La Vía Real*, ha relatado lo que fue aquella exaltante expedición en un mundo desconocido, descompuesto por los siglos, de masas minerales podridas, con el templo de Banteay Srei, no clasificado y, al decir de los jóvenes arqueólogos, más bonito y de proporciones más armoniosas que el de Angkor.

Para llegar hasta las esculturas, Malraux y sus compañeros tendrán que abrirse paso, a través de la lujuriosa vegetación, a machetazo limpio, durante varios días.

Alcanzado el objetivo, y tras unas horas de descanso, Malraux escogerá siete esculturas de un bajo relieve, cada una de ellas formada por un bloque de medio metro de alto, por unos setenta centímetros de ancho, y el grupo emprende el regreso. En las inmediaciones de Angkor los expedicionarios harán un alto, en espera de las cajas de madera con las estatuas. Luego embarcan y llegan a Pnom-Penh en la noche del 24 al 25 de diciembre. De madrugada se presentan dos inspectores de la seguridad territorial, acompañados de una patrulla armada, suben a bordo y registran el equipaje y las cajas que traían Malraux y Chevasson. Los siete bloques son decomisados y trasladados al museo local. ¿Qué había sucedido? Sencillamente, que el Segundo Bureau, haciéndose eco de las denuncias de los bienpensantes de Saigón, desconfiaba de Malraux, sospechando que aquella expedición era la cobertura de otras actividades más peligrosas. Al no poder acusarle de ellas, se le procesará por «comercio ilícito», pese a que el ministro de las Colonias había extendido el correspondiente permiso, que avalaba las investigaciones arqueológicas. Proceso arbitrario por demás, puesto que en Saigón abundaban los saqueadores de templos clasificados. Malraux, por lo menos, había tenido la valentía de penetrar en uno de los lugares más peligrosos del país y recuperar estatuillas de un templo no clasificado. El proceso tuvo lugar siete meses más tarde, el 16 de julio de 1924, y constituyó un auténtico recital malrauxiano, en el que su enérgica ora-



Otño de 1936: El escritor —en el centro de la imagen— con un grupo de aviadores republicanos, en la base aérea de Paterna.

toria estalló por vez primera en público. **El Eco de Camboya** escribió: «El público llegó a estar convencido de que asistía, no a un proceso, sino a un curso de arqueología.» Malraux fue condenado a tres años de prisión y Chevasson a dieciocho meses. La administración no le perdonaba ni su arrogancia, ni su inteligencia, ni su cultura, ni la severidad de sus acusaciones. En París, gracias a la tenacidad de su esposa y del librero amigo Doyon, la intelectualidad francesa tomaba cartas en el asunto. Clara había llegado a París después de ser retenida en Saigón durante tres meses, y tras haber simulado el suicidio para que la hospitalizaran y así poder escapar más fácilmente de Indochina.

El 28 de octubre se revisaba el

proceso y el 1 de noviembre Malraux y Chevasson embarcaban en el **Chantilly**, rumbo a Francia. El día antes, a los dos amigos, unos traficantes de objetos de arte les habían ofrecido tres estatuillas del templo de Banteay Srei, de las siete que les habían sido decomisadas.

La aventura oriental había enfrentado al joven escritor metido a explorador con la sociedad burguesa, en su más despreciable versión: la colonialista. De ahí su afirmación: «*No ha sido en las luchas del proletariado donde se ha forjado mi espíritu revolucionario, sino a través del homérico combate de los colonizados contra los colonizadores.*» Pues bien, ya tenemos aquí un muy importante punto de coincidencia con el general Charles de Gaulle.

LA AVENTURA PERIODÍSTICA Y LA REVOLUCION CHINA

Unos meses más tarde, Malraux regresa a Saigón y funda un diario independiente, secundado por su amigo Monin. El 17 de junio de 1925 aparece el primer número de **La Indochina**, que será el portavoz de la lucha anticolonialista. Esta es una de las tantas facetas del fogoso desfacedor de entretos galo. El 25 de julio se produce el escándalo de Ca Mau: se trata de una expropiación de tierras en beneficio del monopolio Cognac, que invoca las leyes francesas para proteger sus privilegios, en detrimento de los nativos. Esto viene después de la estafa inmobiliaria de Khanh-Hoï y de la represión contra los obreros

portuarios de Saigón. Todo ello se expondrá y se censurará en **La Indochina**. A partir de entonces se disparan las calumnias mayores: se acusa a Malraux de ser un agente del Kuomintang «comunista» y el diario ultraconservador **El Imperial** acusa a Monin de cobrar de los fondos secretos de los revolucionarios chinos. El propio director del **Saigón Republicano**, Camille Delong, trata a Malraux de «alumno de Gide, mezcla de Anatole France y de Voltaire, que mariposea entre la literatura, los negocios, el robo y la prostitución...», un pajarillo que ensucia su diario con la bilis de su corazón...» Ni más ni menos. El subdirector, Hippolyte Ardín, yendo a la zaga de su jefe y haciendo gala de un antisemitismo premonitorio, le trata de «Isaac», a lo que Malraux replica: «*Todos no podemos llamarnos Judas*». Pero su mujer es judía y éste retará al indelicado periodista, que no se da por aludido. No pudiendo hundir al portavoz de los oprimidos, se recurre a la violencia. El impresor, temiendo por su vida, renuncia a trabajar para **La Indochina**. El último número sale el 14 de agosto de 1925. Dos años después, Monin moría en Saigón y los indígenas rogaron a su viuda que les entregara el cuerpo para darle sepultura en Annam, la tierra que había defendido con tanto ardor y desinterés.

Aquí se sitúa el misterioso viaje de Malraux a Cantón, que era uno de los puntos neurálgicos de la revolución china. El escritor se ha reservado el derecho de esclarecer, definitivamente, este episodio de su vida, en el segundo tomo de sus **Antimemorias**. Mas **La condición humana** es, sin lugar a dudas, el testimonio de una epopeya vivida, en la que, a través del personaje principal, Kyo, trasluce el esterili-

zador reformismo reinante: «Había comunistas que querían organizar la resistencia, pero los discursos del P. C. chino y su propaganda en pro de la unión con el Kuomintang (cuyo jefe no era otro que Chiang - Kai - Chek), lo paralizaba todo.» Y así fue como los pistoleros de la Banda Verde, que era, ante todo, una potente organización de malhechores, dirigida por Dou Yüeh-sheng, perpetró en Shanghai la matanza de obreiros del 12 de abril de 1927. Raramente se había condensado en un solo libro tal gama de acontecimientos importantes. Tendríamos que esperar a 1937 para ver reincidir a Malraux, con **L'Espoir**, inspirado por la guerra de España. Es un «libro construido como una sinfonía», ha escrito su biógrafo Pierre Galante.

LA GUERRA CIVIL ESPAÑOLA

Corre el año 1935, cuando conoce a Josette Clotis, su se-

gunda compañera, en casa de Gallimard, su editor. La muchacha acaba de publicar su primera novela, **El tiempo verde**, que es la respuesta a un profesor suyo, que vaticinó que Josette no tenía el menor talento. «Al abandonar el Instituto, había replicado ella, escribiré una novela y el primer ejemplar se lo mandaré a usted.» Las personas de carácter agradan a Malraux y como la joven escritora es inteligente, guapa, discreta y romántica, el buceador artístico ya no se separará más del «*manantial de mi vida*», como él llamará a la que fue, sin duda alguna, la compañera ideal del hombre de acción. Josette le seguirá a todas partes, incluso a España, donde, unos meses más tarde, estalla la guerra.

A fines de 1934, un año antes de que Mussolini volcara sus aviones y sus tanques contra los abisinios, Malraux había estado con el Negus. No falta quien «acusa» al escritor



Primavera de 1938: Malraux participa infatigablemente, en Europa y América, en actos públicos de solidaridad con la República española, como el que muestra la foto.

francés de haber redactado la intervención del Rey de Reyes en la Sociedad de las Naciones, el 4 de julio de 1936: «Excluyendo el reino de Dios, en la Tierra no hay ninguna tradición que sea superior a otra... ¿Crearán los Estados el terrible precedente de doblegarse ante la fuerza? Con la invasión de mi país es la moralidad internacional la que se encuentra en juego».

La reacción en Europa contra los fascistas italianos, cuyas atrocidades por tierras etíopes eran de todos conocidas, conducirá a mucha gente a simpatizar, al principio, con la causa de los republicanos ñoles. Este no era el caso de Malraux, ciertamente, pero sí el de determinadas personalidades que le ayudarán a conseguir aviones (los famosos Potez-540), a reclutar pilotos y a realizar, rápidamente, su proyecto: la creación de la escuadrilla «España», sobre cuya eficacia bélica tanto se ha escrito, incluso por parte del propio jefe de la aviación republicana, Hidalgo de los Cisneros, subvalorando lo que realmente importaba en las primeras y cruciales semanas de nuestra última guerra civil:

que la República Española comprobara la solidaridad de los pueblos frente a la indiferencia de sus respectivos gobiernos.

La escuadrilla estaba casi toda formada por pilotos acreditados, franceses y alemanes en particular, al lado de otros menos dotados, que parecían haber aprendido a pilotar por correspondencia. Corniglion-Molinier, más tarde ministro de la IV República francesa, que era el jefe de personal, al enterarse un día de que Malraux iba a volar con uno de aquellos aprendices, ordenó que se arrancaran varios olivos que bordeaban la pista. Al aterrizar, la carrera del avión se terminaría con leves desperfectos, junto al único obstáculo que Corniglion no había podido quitar: un pesado abrevadero de piedra. Al salir de la carlinga, Malraux, sonriendo, dijo a su amigo: «¿Ves cómo yo tenía razón? Con un poco de práctica este chaval será un excelente piloto.»

Pronto se dio cuenta Malraux de la insólita aventura que le había tocado vivir por tierras ibéricas. De ahí que siempre llevara con él un buen fajo de cuartillas y que se le viera es-

cribir en cualquier lugar. Así nacería **L'Espoir**, la novela que el cineasta André Cayatte, otro voluntario internacional, compararía a otra obra de arte inspirada por nuestra guerra: el Guernika de Picasso.

Mediada la guerra civil, cuando las tropas nacionales llegan a las playas castellanenses, Malraux sale al extranjero a recoger fondos para los republicanos. Su primera escala será la Meca del cine: Hollywood. Su cuartel general es la célebre Universidad de Berkeley, donde forma el primer comité de ayuda a la España Republicana, con el profesor Haakon Chevalier, el físico Oppenheimer (el padre de la bomba atómica), el escritor William Saroyan, el violonista Yehudi Menuhin y los más reputados actores y actrices, con Charles Chaplin y Miriam Hopkins a su cabeza. «La gente abandonaba los estudios en pleno rodaje, para escuchar a Malraux, el joven francés que había ido a luchar a España». Fue en el curso de su jira por los Estados Unidos donde nació la idea de rodar la versión cinematográfica de **L'Espoir**, cuyo título original era **Sangre de izquierda**, antes de darle el definitivo: **Sierra de Teruel**. A Malraux le habían ofrecido un circuito de mil ochocientas salas de espectáculos para exhibir una película suya sobre la guerra de España. Con un promedio de dos mil entradas por día y por sala, esto daba un total de tres millones y medio de espectadores diarios.

Max Aub, principal colaborador de Malraux en la preparación y el rodaje de la película, diría: «No es que creamos que la **enmienda Ney** se apruebe por este sólo hecho, pero no cabe duda que una gran película, buena y contundente, puede influir sobre la opinión pública norteamericana...»



Julio de 1938: Comienza a rodarse «Sierra de Teruel» («L'Espoir»), en los barceloneses estudios Orphea, una de las películas más definitorias de la guerra civil española. Max Aub —ambos figuran juntos en la foto— ayudaría en ella a Malraux decisivamente.

Además, el interés de esta película es que va a ser una interpretación humana de nuestra lucha.» (En los EE. UU. se intentaba modificar la ley de neutralidad con la enmienda Ney, que se debía discutir en enero de 1939. De aprobarse la misma, la República española hubiese podido adquirir armamento.)

El argumento, como se sabe, fue inspirado por un hecho real: en el invierno 1936-37, a la caída de la tarde, en un campo de aviación del ejército republicano, al sur de Teruel, unos hombres esperan el regreso de un viejo avión de bombardeo. Pronto aparece, a lo lejos, con un motor en llamas, pierde altura y cae en la sierra. Volvamos a dar la palabra a Max Aub: «Hay en ese momento, entre esos hombres, españoles, franceses y alemanes, una profunda comunidad de sentimientos, se sienten ligados por una fraternidad viril. Ese sentimiento, esa manera de enfocar la vida va a ser el tema, el tañido de esta película: esperanza que da carácter a la lucha («*La esperanza es la fuerza de la revolución*», escribirá Malraux), sentido a la fuerza, alma a la muerte. Esa emoción del grupo de aviadores, en la primera escena, se vuelve a reflejar, al final, en las caras de los campesinos, cuando se cierra la epopeya del rescate de los cuerpos.»

MALRAUX Y MAX AUB: DOS HOMBRES FUERA DE SERIE

André Malraux y Max Aub se habían conocido, el 20 de julio de 1936, en el hotel Florida, de Madrid, a las tres de la tarde, recién llegado el escritor francés, a bordo del primer avión de su futura escuadrilla. La película empieza a rodarse en los estudios Orpheus, de Mont-



Febrero de 1939:
André Malraux,
recién llegado
de España,
se dispone
a terminar en París
el rodaje de
«L'Espoir».

juich, en julio de 1938. Los actores principales eran profesionales, algunos muy conocidos, como Luis Peña, pero los papeles secundarios los protagonizarán gente del pueblo, a los que, después de explicarles la situación, se les abandonaba a su inspiración y a su suerte. Esto daría a la cinta un realismo y una autenticidad inusuales entonces, aunque también cierta lentitud e, indiscutiblemente, su grandeza.

El avance de los franquistas hacia Barcelona, obliga a evacuar el material. Malraux había traído al mejor fotógrafo europeo: Louis Page, que acababa de llegar de China, donde, bajo la dirección de Pabst, habían filmado una película antijaponesa, y al guionista, autor de documentales, Boris Pesquine. Completaban el equipo: el crítico de cine Denis Marion y la compañera de Malraux, que actuaba de secretaria. El rodaje barcelonés fue accidentado a más no poder: frecuentes cortes de luz

motivados por los bombardeos, negativo que debía revelarse en París, de donde se tuvo que traer hasta el jabón de desmaquillar, y otros inconvenientes de este tipo.

Mientras se cargaba en un camión el medio avión que necesitaban para filmar las escenas del campo pendientes, Malraux y Max Aub se asomaron a una de las terrazas de la montaña y vieron los montes del sur iluminados por los fuegos de las avanzadas enemigas. El escritor francés, viéndolos, murmuró: «¡Los persas!»

En el camión iba todo el material y en tres coches los actores y los técnicos. En Figueras se intentó seguir trabajando, pero la serie de bombardeos que sufrió la villa ampurdanesa aquellos días, obligó a los cineastas a proseguir viaje hacia la frontera de Puigcerdá. *El 6 de febrero, ante los ojos* asombrados de las autoridades francesas, pasó el avión cortado por la mitad, que con-



Malraux fue una de las personas que, con mayores merecimientos, recibió este título de «Benefactor de la República Española».

seguirían llevar hasta los estudios de Joinville, cerca de París, donde se terminó la película, que se estrenaría en un cine de los Campos Elíseos, en agosto de 1939, pocos días antes de declararse la segunda guerra mundial.

Durante la ocupación alemana (1940-1944), las bobinas de **L'Espoir** serán escondidas en la caja fuerte de los estudios Pathé-Natan y salvadas gracias a la intervención de Henri Langlois, director de la Cinemateca.

El compositor Darius Milhaud pondrá música a la cinta y en el montaje Malraux estará asistido por Marguerite Monot, la autora de canciones preferida de Edith Piaf después de la guerra, que era entonces una de las mejores montadoras del país. Pero en el genérico, faltan tres nombres: el de Vicente Petit, el excelente escenógrafo valenciano, autor de los decorados, muerto en México, el de Codina y el de Santpere, muertos en España en las postrimerías de la guerra.

LA GUERRA 1939-1945 Y LA RESISTENCIA ARMADA

A los veinte años, su delicada salud y el abuso de cafeína habían hecho de Malraux, ¡suprema paradoja!, un inútil total. Todos sus esfuerzos resultan, por ello, vanos, cuando intenta ser incorporado en la Aviación. Al fin, consigue que le destinen a un regimiento de carros de asalto, estacionado en Flandes. En un sector cercano se encuentra una unidad blindada mandada por el coronel Charles de Gaulle.

Entre los grandilocuentes slogans que franceses e ingleses lanzan a los cuatro vientos, brota el aburrimiento de los soldados, que asaltan literalmente las columnas de los diarios, con sus peticiones de madrinas de guerra.

«Malraux, nos dirá Pesquine, su guionista, a pesar de la guerra, era un hombre inmensamente feliz. Con Josette formaba una pareja muy unida, inseparable». A fines de 1939 les nace su primer hijo: Gau-

thier. El 10 de mayo de 1940, los alemanes invaden Bélgica y Holanda y centenares de miles de soldados aliados caen prisioneros. Malraux es uno de ellos. Es internado en la ciudad de Sens, de donde escapará en noviembre. Franquea clandestinamente la línea de demarcación, cruza toda la zona no ocupada y unas semanas después llega a Roquebrune, en la Costa Azul, donde su mujer y su hijo se reúnen con él poco después. Cerca de los estudios de la Victorine de Niza, a los que se ha replegado el mundillo cinematográfico parisino, encuentran varios amigos suyos: Louis Page, Boris Pesquine y Raymond Maréchal. Este último, que procede de la escuadrilla **España**, ha llegado de Toulouse, huyendo de la Gestapo y no se separará de Malraux hasta la liberación de Francia, en 1944.

En los primeros meses de 1941, la Resistencia está aun en pañales, porque ni De Gaulle ni su movimiento «France Libre» han tenido mucho eco en la conciencia de sus compatriotas. Es el tiempo de los encuentros clandestinos y de las discusiones encrespadas. El patriotismo, curiosamente, encubrirá a menudo actitudes inconfesables. «Mucho parlamento, mucho proyecto, mucho complot, pero de luchar nada», dirá Malraux, el cual, siguiendo indicaciones de Maréchal, marcha a Toulouse. Allí, en compañía de Emmanuel Astier de la Vigerie, futuro **Compagnon de la Libération**, y de Corniglion-Molinier (exjefe de pilotos de la escuadrilla España), dinamitan un tren de municiones alemán. Este será su primer sabotaje. Al comprobar que sus conciudadanos no tienen prisa en pasar a la acción, se recluye unas semanas en Cap d'Ail y escribe **Los Nogales de Altburg**, que publicará en Suiza.

En junio de 1941, vuelve a la carga: acompañado de Pesquière, se traslada a Comentry, cerca de Vichy, la capital provisional del gobierno del mariscal Pétain, a entrevistarse con Chevasson, su antiguo compañero en la expedición arqueológica. Allí le sorprende la invasión de la Unión Soviética por las tropas del Tercer Reich. En diciembre del mismo año, tras el ataque japonés a Pearl Harbour, los EE. UU. entran en la guerra. Todo hace prever, pese al espectacular avance de las fuerzas del Eje por territorio soviético, que el año 1942 será crucial.

Malraux sigue predicando, por doquier, la necesidad de la lucha armada, pero, ante la imposibilidad de crear algo importante en este terreno, multiplica sus viajes por el país, participando en la implantación de toda suerte de organizaciones clandestinas y estableciendo los debidos contactos entre ellas, trenzando lo que el propio Malraux llamará «la tela de araña invisible», por considerar que la clave de la eficacia de cualquier combate estriba en la coordinación de los esfuerzos. Su gran capacidad de persuasión, imprescindible para allanar profundas discrepancias entre grupos ideológicamente opuestos, retrasará su incorporación a los maquis, que han empezado a proliferar en el verano de 1942.

En 1943, nace su segundo hijo: Vincent y, poco después, Malraux cancela resueltamente sus compromisos y sostiene un amplio cambio de impresiones con uno de los jefes del Ejército Secreto: el teniente coronel Jacquot. Este le confía enseguida la organización de las guerrillas en los departamentos del Centro de Francia: Corrèze, Dordogne y Lot. Raymond Maréchal está a su

lado y adiestrará a los jóvenes, mientras Malraux se reserva la parte más ardua y cautivadora: en tendérselas con los grupos que, por lo regular, hacen la guerra por su cuenta.

La inmensa tarea cumplida por Malraux, en aquella región, le valdrá el título de «Conquistador del Perigord Negro». Es una zona atravesada por el río Lot, de unos 90 kms. de largo por unos 40 de ancho, debe su nombre a los tupidos bosques de robles y alcornoques y es la patria de la trufa negra y de las setas. Los otros dos lados del triángulo son los ríos Vezère y Dordogne. Por aquellos parajes andan sueltos unos quince mil hombres, entre los cuales destacan los grupos españoles exiliados. Uno de ellos, **Pinocho**, uno de los jefes de la guerrilla española, se contará luego entre sus mejores colaboradores. Pacientemente, Malraux logra

unificar las guerrillas del Centro y las de la región pirenaica. Es lo que los alemanes designarán con el nombre de «ganguena del Suroeste». El nombre de guerra del escritor, **Berger**, lo ha escogido en honor a una familia alsaciana del mismo nombre, de Reichbach, la cual, en 1870, durante la precedente ocupación alemana, había optado por Francia.

De todas las gestiones y entrevistas que celebrará, la más delicada y peligrosa será la que sostiene con un delincuente común, apodado **Soleil** y que manda uno de los grupos guerrilleros más activos de aquel sector. En el departamento de la Dordoña hay unos mil setecientos castillos. En uno de ellos se desarrollará su encuentro con **Soleil**. El teniente coronel Jacquot es partidario de montar una emboscada y ejecutar a **Soleil** y a sus acom-



Septiembre de 1944:
Teniente coronel «Berger»
era el seudónimo de
André Malraux como
jefe de las
guerrillas de la
zona Centro
(Périgord Noir).

pañantes. Malraux le recuerda que la divisa de «France Libre» es «Honor y Patria». (En *L'Espoir* se lee una frase que inspira su actuación como jefe de guerrillas: «*Ser hombre quiere decir que se es capaz de transformar una experiencia en conciencia*»).

Con todo, Jacquot le pone en guardia:

— Tenga en cuenta que se trata de un delincuente común.

— *Cuando se trata de volar un viaducto o de atacar una columna enemiga, no suele indagarse si el que manda la operación tiene la hoja de penales virgen*, replica Malraux.

— Pero es que ese tipo no tiene escrúpulos de ninguna clase, insiste el militar.

— *¿Y usted cree que nosotros estamos exentos de responsabilidad en esos malos pasos que Soleil dio hacia la delincuencia?*

Esto no impide que Malraux tomé sus precauciones: colocando tiradores de élite alrededor del puesto de mando de **Soleil**. Va acompañado de algunos oficiales de su estado mayor. Luego se destaca y se dirige, solo, hacia **Soleil**. Al llegar frente a éste, le lanza un ¡**Salud!** a la española y le tiende la mano. («A dos pasos de las grutas sublimes de Lascaux, aquello fue una entrada luminosa», anotará su fiel compañero Maréchal). Y **Soleil** confesaría la tremenda impresión que le había causado Malraux: «Faltó poco, dirá, para que me pusiera firme». Muy poco rato tardó **Berger** en ser reconocido como jefe supremo de la zona. **Soleil** cumplirá la palabra dada, sin la menor desviación, y meses más tarde, en un feroz ataque alemán, será gravemente herido al frente de sus hombres. Otros jefes, como el marxista

Ravel, uno de los más antiguos y prestigiosos de aquella región, rendirán homenaje al realismo lúcido de Malraux, a su serenidad y a sus audaces previsiones. Y es que, antes que nada, el guerrillero Malraux es un hombre. El hombre que afirma que «*una vida no vale nada, pero nada vale una vida*».

El 6 de junio de 1944, los ejércitos aliados realizan, en Normandía, el mayor desembarco militar de la historia. El arco iris de los planes previstos, para cerrar el paso a las divisiones que «subían» hacia



Verano de 1944: Comandante Mayor Vicente López Tovar, exjefe de la 46 División, que organizó el comando de guerrilleros españoles para rescatar a André Malraux de la sede de la Gestapo.

las playas normandas, se despliega totalmente. La región Centro es una zona-clave. Malraux «tiene plena conciencia del peligro, afirmará Hemingway durante la guerra de España, como las fieras de la selva, que adivinan dónde están apostados los cazadores». Pero, por lo que se ve, en su chófer aquella intuición felina brillaba por su ausencia. Malraux se ve obligado a desplazarse, día y noche, de un lado a otro y el 23 de julio su coche acaba tropezándose con una patrulla alemana, en

la carretera Labastide-Murat-Gramat. El primer interrogatorio se efectúa en el Hotel de France de esta última localidad. A las pocas horas hay un simulacro de fusilamiento, que se repite tres veces. Malraux, para ganar tiempo, decide sacar su «gran juego»: pide ser oído por un alto jefe y a bocajarro le dice que **Berger**, es él, es decir: Malraux, el jefe de las guerrillas de la zona Centro. En el acto se desencadena la confusión prevista por el prisionero: telefonazos a Toulouse, a París, dificultados por repetidas interrupciones, envió de una estafeta en busca de su ficha. Para, al final, con esa buena estrella personal que no le abandonará nunca, ser confundido con su propio hermano. Por extraño que esto parezca, cuando la Gestapo tomó el asunto en sus manos fue para decidir que aquel sujeto —**Berger**— era un impostor que tenía delirios de grandeza. Tras lo cual será trasladado a la prisión Saint-Michel de Toulouse, que un grupo de guerrilleros españoles asaltarán el 24 de agosto de 1944. (1)

Apenas recobra su libertad, Malraux, con alsacianos y lorenos refugiados en el Mediodía de Francia, crea la Brigada Independiente Alsacia-Lorena. Sus colaboradores inmediatos son el inseparable Maréchal y Bernard Metz, oriundo de Estrasburgo, hoy catedrático de la Facultad de Medicina de dicha ciudad. De capellán le envían al padre Bockel, con el que Malraux sostendrá, durante la campaña, interesantes y acaloradas conversaciones. Su diálogo trascendió tanto que a la uni-

(1) En Gramat, el coronel López Tovar (exjefe de la 46 División republicana española) había organizado un comando compuesto exclusivamente de guerrilleros españoles. Su rápido traslado hizo que se anulara el golpe de mano para rescatar a Malraux.

dad de Malraux se le llama «la muy cristiana brigada del coronel Berger». Otra persona que también guardó un excelente recuerdo de él, pese a notables disensiones políticas, fue el teniente coronel Jacquot: «Convivimos intensamente durante cerca de un año y todas las noches nos reuníamos en su habitación para discutir. Cuando fue detenido, una fuerza irresistible me seguía empujando hasta su habitación. Me negaba a admitir que ya no estuviese allí con nosotros». Al preguntarle un día qué era lo que le atraía en la guerra, Malraux le había contestado: «Mire, a mí hacer la guerra me desagrada en todo punto. Es por lo que me esfuerzo por hacerla bien... para terminarla cuanto antes».

Como no han faltado quienes han puesto en duda la sólida cultura de Malraux, y entre ellos el escritor español Sender, recientemente, en una revista barcelonesa, diremos que cuando estaba en el Périgord Negro, el profesor Fontaine, decano de la Facultad de Medicina de Estrasburgo, tuvo ocasión de charlar con él muchas veces. Pues bien, una vez quedó maravillado al oír disertar a Malraux sobre la medicina psicosomática y de las milagrosas curaciones llevadas a cabo por curanderos rurales de América, de Siberia y del Extremo Norte de Asia. Con otro testigo de excepción, el escritor André Chamson, hablaba, con idéntica soltura, de arte, de música, de pintura, de teología, del derecho francés y de la quiromancia. Pero el «supremo insulto» le fue propinado por un militar de la vieja escuela, en Francia, en plena ocupación, el cual afirmó que Malraux «no era más que una mezcla de brujo africano y de guerrillero español, que había leído mucho». La liberación del territorio metropolitano francés cul-

mina en 1944. Y ese año Malraux encajará dos golpes terribles: la pérdida de su compañera, arrollada por un tren, y la muerte de su hermano, en Hamburgo, víctima de un bombardeo aliado.

Su brigada se incorpora a la 1.^a División del general De Lattre de Tassigny. El escritor Chamson cumple la delicada misión de enlace entre ambos mandos. Participa en la defensa de Alsacia, que los ale-

manes intentan reconquistar, sufriendo graves bajas. Cuando ya no queda un sólo combatiente enemigo en tierras alsacianas, Malraux cuelga de nuevo la metralleta. Gide, su gran amigo, había dicho: «Si Malraux no vive la vida intensamente es incapaz de escribir». Se abría, pues, otro plazo de creación literaria. Mucho más breve de lo que esperaba el excoronel Berger, puesto que, a la vuelta



Noviembre de 1944: Tras la liberación de Estrasburgo, el general De Lattre de Tassigny condecora al coronel «Berger» (André Malraux), jefe de la Brigada Alsacia-Lorena.

de unos meses, la política le raptaría otra vez.

MINISTRO DEL GENERAL DE GAULLE

Siempre nos ha parecido ociosa la búsqueda de parentescos políticos entre Charles de Gaulle y André Malraux, y esto por una razón muy sencilla: porque no los había. «¡Antes era comunista y ahora es un lacayo del General!», afirmaban con harta ligereza unos, mientras otros, con una dudosa sinceridad, preguntaban «¿cómo se puede cambiar tanto?». Demos la palabra a uno de los hombres que mejor le conoció, al padre Bockel, capellán de su brigada: «El revolucionario de la aventura indochina y el aviador de la guerra de España no fueron nunca comunistas y el Malraux actual no tiene nada del «gaulliste» tradicional. Siempre ha sido un militante de la liberación del hombre, en los acontecimientos y circunstancias que le ha deparado la historia. Si el ministro de hoy parece haberse engullido al revolucionario y al aventurero de ayer —si bien hay que aclarar que ser ministro, en las condiciones en que lo es Malraux, no deja de ser una aventura singular—, creo poder afirmar que Malraux sigue siendo lo que fue siempre. Pero, en la existencia de un hombre como él, hay un tiempo para la aventura nómada y un tiempo para la aventura sedentaria, un tiempo para las barricadas y un tiempo para escribir, un tiempo para ser testigo y un tiempo para hablar».

La primera entrevista entre los dos hombres, el general y el escritor, se celebró en París, en mayo de 1945, y duró cerca de dos horas. Téngase en cuenta que De Gaulle solía despachar a los visitantes que iban a verle por primera vez en cinco o seis minutos.

Cuando Malraux abandonó su despacho, De Gaulle exclamó: «¡Qué hombre este Malraux!». Conociendo el temperamento poco expansivo del general, su exclamación, en presencia de su ayuda de campo, era significativa.

Así, al formar su segundo Gobierno, en octubre de 1945, De Gaulle confiará a Malraux la cartera de un ministerio recién creado: el de la Información. Luego, al retirarse el general, en 1946, el escritor no se prestará a ninguna combinación ministerial más.

«Si he preferido el general De Gaulle al Arte, confesaré, es porque, a su lado, estaba convencido de servir a los hombres de la mejor manera posible.»

En 1947 se funda el «Rassemblement du Peuple Français», que su inspirador, el propio De Gaulle, que cambia su modesto uniforme de general de brigada por un traje oscuro de corte más bien anticuado, veía como una segunda «France Libre». Pero el contexto es muy diferente y la gente que afluye al R. P. F. es tan variopinta como indefinible. Y, como suele ocurrir en estos casos; es decir, cuando sólo



Militante de choque del R. P. F., André Malraux propone el segundo ensayo de «France Libre», en 1947, pero no se presentará a las elecciones legislativas. Junto al escritor, como en tantas otras veces, el general De Gaulle.

hay unas cuantas cabezas prestigiosas, por muy respetables y bienintencionadas que sean, y no se dispone de una teoría clara, abundarán los oportunistas, los arrivistas y los ambiciosos. Políticamente hablando, el R. P. F. fue un fracaso en toda la línea.

En marzo de 1948, Malraux se casa con Magdalena, la viuda de su hermano, pianista de talento. Bendice la unión, en Estrasburgo, el padre Bockel. Esta unión será posiblemente la más convencional de todas. Magdalena tiene una carrera a la que atender y una personalidad poco permeable para ser únicamente la compañera de Malraux. Sus conciertos la llevan constantemente de un continente a otro. Esto provocará el enfriamiento de sus relaciones, lo que no será óbice para que sigan siendo excelentes amigos, y facilitará el acercamiento de dos viejos conocidos: Louise de Vilmorin y André Malraux, a los que se llamará, con toda justicia, «los enamorados del castillo de Verrières».

Entre tanto, De Gaulle ha vuelto al poder, como resultado de los inextricables acontecimientos de mayo de 1958, y Malraux es nombrado ministro de Cultura y Bellas Artes. Su tarea al frente de tan importante departamento no puede ser resumida en los límites de este artículo. Desde el derribo de los petates escultóricos de los jardines de las Tullerías, y la colocación en su lugar de las obras del escultor catalán Maillol, hasta el lavado de las fachadas de los monumentos históricos de la capital, pasando por los brillantes homenajes a dos franceses de adopción: el pintor español Picasso y el arquitecto suizo Le Corbusier, amén de la creación de innumerables Casas de la Cultura y de la Juventud, su paso por la política cultural del país dejará una huella imborrable.

En abril de 1961, cuando se sublevan en Argelia los cuatro generales y casi todos los ministros aconsejan a De Gaulle que huya de París y que traslade el Gobierno a un «lugar secreto» del país, para escapar a los paracaidistas norteafricanos, Malraux es el único que proclama: «¡Si vienen que vengan! ¡Nos encontrarán aquí y no precisamente con las manos en los bolsillos!» Le falta tiempo para organizar patrullas cívicas armadas e instala su cuartel general en la plaza Beauveau, para no perder de vista el Elíseo, y envía recado al general de las disposiciones tomadas. Otra exclamación de De Gaulle: «He aquí un hombre, señores».

Malraux, abrogándose atribuciones que correspondían a otros ministros, ha convocado a los jefes de la Guardia Republicana, de la Gendarmería Móvil y de las Compañías Republicanas de Seguridad, para que le faciliten armas, al tiempo que les da instrucciones concretas respecto a la estrategia de los combates callejeros y a las precauciones que deben tomarse en los cuatro aeródromos que rodean la capital. Al enterarse De Gaulle de todo lo que ha hecho Malraux para defender París contra los generales sublevados le llama por la línea privada del ministro de Gobernación, para decirle sólo dos palabras: «¡Malraux, merci!».

A las cinco de la madrugada, cuando el alba gris despunta sobre París, Malraux observa detenidamente el cielo y dice: «Ya nos podemos marchar a dormir tranquilamente. Ya no vendrán». Y así fue...

Pocos días después, otra enorme desgracia se ceba en él: sus dos hijos, Gauthier y Vincent, se han matado en un accidente de coche. («Malraux, como Antígona —**murmuran sus amigos**—, tiene ya una gran experiencia de las desgracias»).

Malraux, como ministro de Cultura y Bellas Artes del último Gobierno del General De Gaulle, en la exposición dedicada a Giacometti durante 1968.



En los años últimos de su acción política, De Gaulle le confiará las más altas misiones diplomáticas, entre las que destacan sus entrevistas con Kennedy, Mao-Tsé-tung y los dirigentes soviéticos.

Al producirse los sonados acontecimientos de mayo de 1968, sobre los cuales no hay un solo intelectual que no haya opinado, será Malraux, una vez más, el que dé en el clavo: «No vale engañarnos tontamente, advertirá en un acto público. *Esto no es una crisis de un equipo gubernamental, ni siquiera de un régimen. Esto es algo mucho más grave, señores. Nos encontramos ante una crisis de civilización*».

Fue Napoleón quien dijo que

él trazaba sus planes con los sueños de sus soldados dormidos. De Gaulle hace sus planes con los sueños de una Francia muy inclinada a ses-tear, ayudado por hombres que se niegan a dormir.

Entre ellos el que mejor sabe velar las armas es Malraux. Pero esta vez De Gaulle no sabe interpretar los sueños del país y el 27 de mayo de 1969, al triunfar el **NO** en el referéndum, el general, cumpliendo su promesa, se retira a Colombey - les - Deux - Eglises. Malraux dirá: «*El encanto se ha roto*», y dimite. Como en 1946, no volverá a entrar en combinación ministerial alguna. 1944-1970: veintiséis años de fidelidad y complicidad entre Charles de Gaulle y André Malraux.



1923: Clara, estudiante de Bellas Artes, primera compañera de André Malraux.



1937: Josette, secretaria del escritor, cuando rodaba «L'Espoir» en España. Será su segunda compañera.



1948: Madeleine, pianista, tercera compañera del autor de «La condición humana».



1933 y 1969: Louise, novelista, cuarta y última compañera del luchador ahora desaparecido.

LOUISE DE VILMORIN: SU CUARTA COMPAÑERA

Se conocieron en 1933 y 1967 será el año de su reunión definitiva, que no se romperá hasta la muerte de la escritora, el 26 de diciembre de 1970. Malraux se había tropezado con ella en una editorial; era una distinguida señorita que traía su primera novela: **Santa-Unavez**. El tema escogido es original, pero el texto adolece de muchos defectos. Por lo menos a los ojos de Malraux, que es extremadamente exigente. Sin embargo, enseguida descubre en ella un talento subyacente, por lo que le pide permiso para darle unos consejos. Louise de Vilmorin, en una entrevista televisada, diría: «Me habló con tanta dulzura y me abroncó con tanto tacto, que yo no podía por menos que escuchar y seguir sus consejos. André es probablemente el culpable de que yo me haya atrevido a escribir quince libros».

Una de las primeras pregun-

tas que Louise le hizo a Malraux fue ésta: «Para que no perdamos el tiempo, explíqueme cuál es la mujer de sus sueños». «Yo no sueño nunca con las mujeres —había respondido el escritor, con esa sonrisa de niño travieso tan suya— *Las prefiero reales y lo que más deseo es no aburrirme a su lado. Imagino que la compañera ideal sería como un pájaro del Paraíso, al que pudiéramos pedir que escondiera sus alas cuando ya no hubiéramos emborrachado de colores*».

Recorriendo con él una buena parte del último tramo de su existencia, finalizada a finales del último noviembre, la delicada, la dulce, la elegante, la inteligente, la graciosa Louise de Vilmorin demostró que era una de esas raras aves paradisíacas que el fabuloso Malraux anhelaba descubrir.

LA INDEPENDENCIA BENGALI: ULTIMA ADVERTENCIA

«Seamos serios, señores, dirá

Malraux en una Rueda de Prensa. *Yo sé muy bien que a los setenta años un hombre no puede correr y saltar con una metralleta en las manos, como cuando se tienen veinte años. Pero, ¿hace falta que les recuerde que no sólo con las metralletas se vence? De lo que se trata ahora, y espero que ustedes cumplan debidamente con la noble misión que es la suya, es de decir la verdad ante todo y contra viento y marea, a través de la denuncia del monstruoso genocidio que los paquistaníes han perpetrado en Bengala, dar un grito de alarma para que el mundo repare en las insultantes injusticias que aún se cometen en las cuatro esquinas de nuestro planeta. Por otro lado, estos montones de cartas que aquí ven, demuestran la inconmensurable generosidad de la juventud... Si me permiten, pues, idealizar este hecho, les diré que estoy más convencido que nunca del gran poder de seducción que siguen teniendo las cuasas justas*». ■ E. P. P.



Invierno de 1975-1976: Malraux, en el castillo de Verrières, en cuyo parque yace su última mujer, Louise de Vilmorin. El escritor fallecería a finales del pasado mes de noviembre.